



nas doctrinas de Condillac, los escolásticos ejercitaban sus fuerzas en el estudio del más vigoroso, quizá, y ciertamente el más docto pensador de los tiempos antiguos; en el campo de la filosofía introdujeron en la doctrina de Aristóteles las únicas mejoras que podía recibir; y aunque no hiciesen más que divagar en vanas sutilezas y conceptos oscuros entre él y Platon, entre lo real y lo universal, prepararon á las edades modernas la fina lógica y la abstracción poderosa.

Se dice que estaban desprovistos de crítica, y sin embargo, no temerá asegurar que quizá ni una sola de las cuestiones que posteriormente se han agitado dejó de tratarse en aquellos tiempos. Mientras que el siglo de Leon X creyó en Anio de Viterbo y el de la enciclopedia en Ossian, hasta en el siglo XI se pusieron en duda las falsas Decretales. El rey Luitprando y el obispo Agobardo se declararon contra los duelos judiciales y las pruebas del fuego y el agua, aunque estaban apoyadas por la preocupación, las costumbres y las leyes, y contra la creencia de que las tempestades fuesen producto de encantamientos. El monje Virgilio y Juan de Salisbury enseñaban el verdadero sistema del mundo y la existencia de los antipodas: en aquella época se empezó ya á atacar y á defender el poder temporal y espiritual de los papas; se combatió con argumentos y sátiras el abuso del monacato y de la falsa piedad; se examinaron las prerogativas de los reyes y los títulos de su autoridad; se afianzaron las bases de la organización social, resultando de aquí las únicas constituciones que han contado larga vida: todos los sistemas, todos los dogmas, todos los ritos, encontraron campeones y detractores; no dejando nada nuevo que decir á Lutero y á Socino las herejías políticas de Arnaldo de Brescia y de fray Dolcino, las filosóficas de Orígenes y Abelardo, y las religiosas de los Albigenses y de Focio.

¿Qué será si se reflexiona que aquellos toscos antecesores nuestros civilizaron medio mundo; que pulieron y fijaron los idiomas nacientes, traduciendo á ellos el Evangelio; que compusieron himnos, los cuales se han cantado en los siglos más cultos; y que libertaron á naciones enteras de una licenciosa y feroz superstición?

Faltóles sin duda mucho; pero nadie niega el dictado de gran general á Alejandro, porque no hubiera podido vencer en Leipzig ó tomar á Ambéres, ni el de poeta á Homero, porque ignoraba la geografía y la astronomía. Entre la historia de la edad media y la de la antigüedad existe la misma diferencia que se nota entre sus edificios, por ejemplo, entre el Panteon y la catedral de Milan, con sus cien agujas y sus infinitos calados, cada uno de los cuales agrada si se le observa separadamente; pero no reconoce en ellos unidad el que no refera el conjunto á un pensamiento más elevado, que se manifiesta en el atrevido arranque con que se dirigian al cielo todas aquellas cúpulas. Las obras maestras del arte antiguo, como templos, estatuas, arcos, acueductos, los refinamientos del lujo, las comodidades de la vida, se encontraban en las ciudades: fuera de ellas sólo habia alguna cabaña donde hacinar por la noche á los esclavos, á costa de cuyos sudores vivían y gozaban los amos y los ciudadanos.

En la edad media, por el contrario, el gran número de aldeas, los caminos de comunicación, los castillos, las parroquias y las alquerías con que se tropezaba á cada paso, mostraban no solamente que una población de ciudadanos sabia proveer á sus necesidades, sino que se extendían hasta el último aldeano la solicitud del obispo, la predicación del monje, la vigilancia del magistrado. No se ve allí como entre los antiguos, la monarquía ilimitada, ni la igualdad general, que engendra pronto aquélla (1), sino una vida universalmente repartida, y ensayos de estatutos y de legislación, tan importantes y más que las artes y las ciencias, cuyo renacimiento señaló en algunos países la pérdida de las costumbres y del Estado. Los héroes antiguos parecen gigantes por la perfección que revelan en todas sus partes, ya se deba esto á la constitución de su patria, ya á los escritores que nos los han descrito; pero como su vida era completamente

(1) Que la igualdad general engendre la monarquía ilimitada ó sea el absolutismo, es un error que el mismo autor ha combatido en otras páginas, diciendo que el mundo camina á esa igualdad general.

(N. del T.)



exterior, favorecían la marcha de los sucesos. En los de la edad media campea el entusiasmo; son héroes por convencimiento, por imaginación, lo cual esparce una luz fantástica, una plenitud de vida por todas las cosas, hasta por los padecimientos. Trabajan, combaten y algunas veces no es posible distinguir en su conducta un fin político, sino el impulso del sentimiento, que sólo busca la agitación y las batallas para encontrar el reposo y la paz. Después, deseando poner un intervalo entre las tempestades de la vida y el silencio del sepulcro, se encierran en sus castillos ó en los claustros.

No se deduzca de lo que antecede que tratemos de declararnos panegiristas de la edad media, ni mucho menos que queramos resucitar sus instituciones. No, jamás rendirémos culto á ídolos de cuatro días, ni fijarémos nuestra morada bajo techos que se arruinan, aunque recordemos con ternura que en ellos encontraron abrigo nuestros padres. De la edad media no hay nada que desear, nada quizá que imitar; pero sí mucho que aprender, y nosotros sólo tratamos de disponer los ánimos para que examinen mejor y hagan más justicia á unos tiempos tan mal conocidos y peor apreciados, y de reparar la injusticia que cometen los que les atribuyen todos los males que encuentran en lo pasado, cuando quizá les habian sido legados por tiempos anteriores ó constituían una transición indispensable hácia lo mejor. Creemos que las edades se perfeccionan sucediéndose las unas á las otras, que nuestra situación de hoy es preferible á la edad media; pero en la edad media se prepararon y realizaron en gran parte los progresos á que debemos nuestra superioridad sobre los antiguos. Es la gestación, incómoda pero necesaria, y que es preciso juzgar por los resultados. Es la infancia inconsiderada, rica de imaginación, que conoce apenas el objeto que se propone, que gasta sus fuerzas en vanas y hasta en ridículas tentativas, que calcula y recuerda poco; pero que lo inventa y aprende todo hasta el idioma; que se complace en los cantos y en lo maravilloso; que se agolpa á las universidades, y conservando frescas en su me-

moria las lecciones morales que mamó en el regazo materno, se engaña lealmente, pasando pronto al arrepentimiento.

Un número demasiado grande de causas perturbadoras hicieron que en aquella época no se mostrase lo bueno y lo grande sino parcialmente; pero el movimiento moral, la reforma práctica del cristianismo, lejos de perecer, tomó un vuelo más libre, y con su poder civilizador, el ejemplo de las libertades legalmente ganadas é imperturbablemente defendidas, la experiencia diaria y los consuelos tributados á todos los infortunios, consiguió que brotase un nuevo mundo, una nueva vida de los ingenios y del sentimiento, un rumbo distinto para la imaginación, otro poder para las inteligencias. Todo esto lo ve aquel que no fija su atención solamente en los conquistadores, sino que se interesa por el mayor número, por el pueblo; por el pueblo, al que comprenden mal los que no comen su pan, los que con él no padecen y gozan, temen y esperan, aborrecen y bendicen. Aquellos que hayan hecho todo esto, podrán apreciar con justicia unas instituciones que proveían á las necesidades de los más débiles, y un poder que protegía donde quiera la justicia y la moralidad; sólo ellos podrán distinguir las ventajas y desventajas de la edad media y de la que empezó con el bofetón dado por el general de un rey al gran sacerdote representante del pueblo.

En cuanto á los literatos, pues, que se resignan á tantas abstracciones y restricciones para elogiar á los antiguos, ¿por qué no hacen lo propio respecto de la edad media? ¿por qué no confiesan que hay instituciones convenientes á ciertos tiempos y á ciertos grados de civilización, y que el que alaba el bien que produjeron en una época, no quiere decir que sean útiles en otros periodos de la vida social?

Si expusiera en toda su desnudez los terrores de la revolución francesa, se me argüiría mostrándome la necesidad de aquella reacción y la utilidad que provino de una nivelación conseguida á costa de tanta sangre. ¿Por qué, pues, no se han de dispensar iguales miramientos á una época que fué la cuna de la sociedad y de las costumbres modernas, y á la



que se deben los idiomas, las literaturas originales, los monumentos más grandiosos y nuevos, las familias históricas y la edad heroica de las naciones europeas? ¿Y qué se dirá si se reflexiona que el estudio de aquel tiempo no es sólo un objeto de curiosidad ó una materia de ciencia, sino un asunto de interes general y tan preciso como el conocer nuestro siglo, nuestros derechos y la manera de obtenerlos, nuestras necesidades y el modo de satisfacerlas? ¿Qué se dirá cuando lleguen momentos que enseñan lo que constituye la felicidad y dignidad del hombre, mucho mejor que la historia de imperios, en los cuales el error de un monarca decide de la suerte de millones de súbditos?

Tal es la idea que nos hemos formado de la edad media leyendo á los historiadores, y examinando los materiales que de ella nos quedan; pero ¿quién es el que ha emprendido narrarla en su conjunto, y segun conviene á los progresos de la civilizacion? Si la juventud pide una historia de la edad media, ¿cuál se le presentará?

Escribirla sería, pues, una empresa grande, útil y generosa para los ingenios que ilustran la Italia. Y yo, débil, pero perseverante hormiga, solícita en rebuscar el campo que otros han segado, disponiéndome á describir la época de las convicciones y de las obras, á un siglo en que se han puesto en discusion todas las creencias de los tiempos pasados sin hallarse aún aseguradas las de los venideros, de suerte que la indiferencia y el fastidio que engendra la duda, no permiten comprender la frescura, el ímpetu, la serenidad producidas por la fe, y disponiéndome á narrarla á una patria, donde no hay opinion que no sea tachada juntamente de vil y subversiva, de claustral é irreligiosa, de ignorante y astuta, siento ya aumentarse los silbidos de la petulante mofa y los ladridos de la mal intencionada soberbia. Pero me agrada mantener erguida una frente que no tiene por qué ruborizarse ante aquellos que satirizan ó calumnian, que compran ó que se venden, que tiemblan ó infunden terror: y en vez de disimular mis sentimientos, creo preferible explicarme con clari-

dad y arrostrar con la visera levantada la tiranía de las preocupaciones. La historia eclesiástica, en los años que vamos á describir, ocupa el puesto que en los precedentes pertenecía á la romana, y nos detendremos mucho en lo que á ella concierne; esperando que no habrá en el dia nadie que la considere privilegio ó tarea exclusiva de los eclesiásticos, pues que el lego puede muy bien penetrar hasta el umbral sagrado, y juzgar allí á los hombres y las cosas con la franqueza y el respeto racional, que ya es tiempo de sustituir al fútil desprecio ó á la ciega idolatría.

Porque el cristianismo, inmutable en la esencia, no lo es en las formas con que se da á conocer; y sin embargo de conservar la misma fe, la misma esperanza, igual amor, se acomoda á los pasos sucesivos de la humanidad. En los primeros siglos combatió con la sangre y las doctrinas para construir una sociedad nueva sobre las bases derruidas de la antigua: en el siglo XVII mostró la armonía de la ciencia y de la sociedad en la verdad, y abrazado con ojos serenos como eje del mundo, dió reglas á la inteligencia donde tenia su asiento: en nuestro siglo está llamado á curar dolores, desconocidos á las profundas creencias de las pasadas edades, y á ofrecer en la fe un puerto á las doctrinas exageradas, á las estériles agitaciones, á las amargas ilusiones de la inteligencia. En la edad media le faltaba aquella serena grandeza y esta magnífica regularidad; á una gente tosca y sensual hubiera parecido insuficiente el austero tipo de la cruz desnuda de todo adorno; y se quería que la religion se mezclase en todos los actos de la vida, en las visiones de la fantasía, en las aspiraciones del corazón; que ganase al hombre por medio de los sentidos de donde provinieron las manifestaciones sobrenaturales, el gran número de milagros, multiplicados sin duda por la credulidad, pero eficacísimos en los designios de la Providencia (1).

(1) Voltaire reprendre del modo siguiente á los que se rien de todos los milagros y del culto que se les ha tributado: «Tous ces auteurs pouvaient observer que ces institutions ne nuisent point aux mœurs, qui doivent être le principal objet de la police civile ecclésiastique.»



Era dura, pero estaba asegurada la vida del pueblo: el desbordamiento de un rio bastaba para afligir una provincia, la animosidad de los castellanos para devastarla: las hambres se sucedian con frecuencia, y más aún las guerras. Las infelices poblaciones aglomeradas al lado de los castillos ó agrupadas al rededor de los monasterios, hubieran perecido de inaccion y de servidumbre, si la imaginacion, ilustrada desde lo alto, no hubiese ensanchado aquel pálido horizonte, haciendo variar de aspecto á esta vida llena de miserias y tormentos, con la vision de celestes resplandores. Multitud de desgraciados, reducidos por la fuerza á una condicion inferior á la de hombres, se elevaban por medio de la fe hasta nivelarse con sus amos; visitados en sus padecimientos por ángeles y santos, vivian en un comercio confortativo y continuo con el mundo invisible; y la naturaleza silvestre, santificada por la presion de Dios y de su Madre, les ofrecia inefables consuelos y armonías desconocidas, y les suministraba el pan del espíritu aunque faltase el del cuerpo. Las leyendas, únicas historias de los siglos XI y XII, nos presentan á menudo esta escena; depresion y miseria material en la multitud, y á la par plenitud de vida religiosa hasta rayar en delirantes exaltaciones. En una palabra, no es posible comprender aquella edad, sino con su perpétua mezcolanza de las cosas eternas con las contingentes, de lo invisible que gobierna con lo visible que es gobernado.

Y aunque en la edad media la credulidad sea menor que en los tiempos antiguos, tendremos abundancia de milagros y de supersticiones, que la crítica rechaza y la religion reprueba. Yo los referiré á menudo, porque pintan la índole de la época, y ejercen influencia en los acontecimientos; pero si cuento que en el cuarto asedio de Constantinopla, la Virgen María recorria las almenas animando á los defensores, mientras que el derviche Seid-

tique; que probablement les imaginations ardentes des climats chauds ont besoin de signes visibles qui les mettent continuellement sous la main de la divinité; et qui enfin ces signes ne pouvaient être abolis que quand ils seraient méprisés du même peuple qui les révère.» Essais. c. 183.

Becar subia al cielo para saber de Mahoma los medios de ganar la plazá, ¿se dirá por eso que creo en el primer milagro como en el segundo? ¿no he referido del mismo modo y con intencion igual, augurios y auspicios paganos, y los portentos de Serápis ó de la Madre Idea? No se nos llame, pues, idólatras si como Sócrates, sacrificamos el gallo á Esculapio; por lo demas, no nos espantará el título de supersticioso, en atencion á que se aplica á menudo á los mayores enemigos de la supersticion, á los más sinceros cultivadores del germen que Dios ha plantado en la tierra, la libertad del pensamiento, la pureza de la adoracion.

Siempre que he podido, he disimulado la fatiga que he experimentado en corregir errores ó enmendar argumentos ajenos, contentándome con probar lo que aseguraba. Sé que se me hace un cargo por disentir demasiado libremente de los grandes autores; pero por la misma circunstancia de que son grandes, los combato con franqueza y digo: «Si se equivocan hombres de tanto estudio, rectitud y paciencia, ¿qué no deberá sucederme á mí?» Reflexion que me induce á no tener conmigo misma ninguna de aquellas indulgencias que más fácilmente puede un autor permitirse porque los más de los lectores no las advierten, y á no esquivar ninguna de las cuestiones que á cada paso se me presentan y de las que se creen dispensados con frecuencia los historiadores. Hay objetos que vistos de léjos espantan; y nosotros harémos como el padre prudente con el niño que se asusta de los cuentos de la nodriza; le acerca al objeto que le da miedo y se lo hace tocar. Sé que se requiere demasiado vigor en las voluntades individuales y en las convicciones para rebelarse contra ciertas opiniones comunes, ante las cuales se inclina cómodamente la indolencia; pero quizá consigamos destruir alguna de ellas, atreviéndonos á atacarla de frente, y considerando al hombre y á la sociedad, no bajo un solo aspecto, sino en el conjunto de la capacidad, de las circunstancias, del corazón, de los medios y de las acciones.

Aunque tenga por costumbre exponer juicios libres y francos, sin temer los improprios reservados para el que no quiere abandonarse



á la corriente, sin embargo, más de una vez deberé narrar hechos sin sacar de ellos consecuencia alguna, ó bien deducirlas más amplias ó diversas de las premisas. Es injusticia ó exceso exigir al que camina por encima de chispas engañosas la exactitud en todos los pasajes; y es infamia dirigirle en alta voz preguntas á las cuales no puede contestar sino muy bajo. Hágalo así en buen hora el que estribe en esto su arte y su cálculo; el que está dotado de sano juicio y lealtad, lee de los libros hasta las páginas en blanco, y aprende á interpretar el lenguaje de los hechos, que es el único verdadero. Para que esto se notase con más claridad, me he abstenido del uso introducido actualmente, y que consiste en hablar con el tono de un oráculo, en generalizar las consecuencias de acontecimientos particulares y accidentales, en aglomerar ineptias á fin de que adquieran importancia, creando de este modo sistemas, alabados porque son vagos, nebulosos ó incomprensibles, y porque invierten el orden de las celebridades y trastornan los juicios ya autorizados. Algunos saltaron de la árida y descarnada erudición de una época á lo lírico, y cerniéndose en los aires sin tocar la tierra, hicieron pasar á la historia, del dominio de la análisis y la observación exacta, al del atrevimiento sintético, gusto que adquirieron con el estudio de Vico aquellos, especialmente alemanes, que pretenden reconocer en cada hecho el signo de una idea, y confunden las contingencias del mundo exterior con la estabilidad de lo ideal invisible. Muchos de estos escritores que me agradaron á la simple lectura, me disgustaron luego cuando los estudié; pues á unos los encontré absurdos, á otros aéreos; á los más ininteligibles, á todos nocivos á la verdad, que alteran para acomodarla á sus caprichos.

De donde inferí que el mejor sistema es el que expone la verdad y las consideraciones con orden y lógica: este método parecerá antiguo; pero el que sepa discurrir, comprenderá que he aplicado á él, según mis fuerzas, todo lo que me han suministrado digno de aprovecharse en los estudios recientes, y además el fruto de los míos.

No he podido tampoco afiliarme á una escuela que pretende poetizar la historia, y que á falta de historiadores filósofos contemporáneos, quiere dar al relato el colorido local, según dicen sus panegiristas, no sólo siguiendo paso á paso los autores originales, sino hasta casi copiándolos. Es una reacción contra el desprecio en que éstos habían caído; á veces sus libros revelan el verdadero sentimiento de aquellos tiempos; pero además de que la experiencia me ha demostrado cuánto peligro hay en dejarse seducir por la poesía de las crónicas, semejante método se avendría mal con la historia universal, que tendría que mudar de tono según los autores y los países, cuando su principal mérito consiste en observar á toda la humanidad con igual interés y desde la misma altura.

Ménos todavía me agradó esa otra escuela dedicada particularmente á referir los sucesos modernos, y que, por parecer apasionada narradora de hechos descarnados, reniega de los sentimientos de cristiano, de ciudadano, hasta de hombre, desluciendo la misma verdad cuando la dice. Al oírles exponer los hechos con la frialdad de un cirujano acostumbrado á operar que describe la autopsia de un cadáver, causa asombro el que unos sucesos referidos tan sosegadamente hayan podido trastornar el mundo. He adoptado su imparcialidad; pero en cuanto á su impassibilidad, ni la he afectado, ni la he tenido. He tratado de evitar así el sentimentalismo como la cólera ampulosa; pero hay en la presente obra páginas que he escrito vertiendo lágrimas; hechos que me han quitado el sueño, injusticias consumadas, que me han agitado no ménos que las presentes y personales.

Sin embargo, el libro y el método deben justificarse por sí mismos; y si he creído necesario decir qué conducta me propongo observar, á los lectores incumbe decidir si he obrado bien; si he acertado en preferir el orden de las ideas á la exactitud de los tiempos, y en no romper el encadenamiento general de los hechos por sujetarme á la cronología, y hasta qué punto he logrado mi objeto de asociar los intereses de la memoria, del entendimiento, de la razón y del corazón.



Existe y vocea una multitud de lectores á quienes sólo agrada la exageración de las pasiones, el estrépito de palabras simpáticas, la parcialidad de los juicios, disfrazada con el mentido nombre de franqueza. Me glorío de excitar su desagrado; porque los hombres que dirigen sus esfuerzos hácia lo porvenir, deben naturalmente repugnar á los que echan ménos lo pasado, y quieren reanimar los carbones apagados en los altares de divinidades degradadas. Veo y conozco los defectos de lo pasado, y los expongo, no como un cortesano que adula los vicios de su señor—no tengo señor,—sino como un amigo que sabe cuáles son los lazos con que se une el mal al bien en el corazón de su amigo. ¡Oh! somos mejores que nuestros padres! lo creo; y aunque frecuentemente lo somos más en palabras que en hechos, las palabras acabarán de crear los hechos; pero el medio de lograrlo no es idolatrar ni vilipendiar lo pasado; y sí, entre los errores transitorios y las mejoras permanentes, examinar el progreso y sus modificaciones, y sacar provecho de tal estudio; conocer el mal, y aprender en las tentativas que se han hecho para impedirlo, á evitar la necesidad de otras nuevas; averiguando hasta dónde pueden arrastrar la tiranía, la discordia, la inflexibilidad de los principios, conocer dónde se halla el bien; sufrir los males que son inevitables sin inercia y confiadamente, acordándose de que la moderación es uno de los caracteres de la fuerza.

Tal es el objeto á que aspiro, objeto que trataré de alcanzar buscando y exponiendo en la historia la verdad, la exactitud moral, la dignidad del hombre, las ideas más generosas, sin

dejarme seducir por fantasmas de honores y de gloria, ni espantar por títulos con que la impudencia pueda zaherirme. Cuando á Mirabeau le lanzaban el ridículo, respondía: *No lo acepto*. Yo he escrito y hecho lo bastante para no temer los ataques de la crítica abyecta, y quizá viva el tiempo suficiente para ver desengañarse á los hombres sinceros; si no, apelaré al tiempo, juez excelente y sufrido, y á la juventud que va creciendo y con ideas mejores.

Esta confianza me ha sostenido hasta aquí, y me seguirá sosteniendo, á medida que adelanto en una senda, en que el asunto y los hombres multiplicarán contra mí tinieblas y espinas. Pero ¿acaso puede alcanzarse el bien sin peligros y amarguras? Las tempestades, á la par que agitan el mar, lo elevan. Empecemos, pues, nuestro segundo viaje, con vista ménos serena pero más clara y dilatada; con ménos ilusiones, pero más experiencia; con ménos fantasía, pero más estudio; murmurando dos palabras que nos sirvan de consuelo para todos los disgustos, de respuesta para todas las enemistades, y de remedio para todos los quebrantos. El peregrino árabe, cuando atraviesa el desierto siguiendo un sendero marcado por los huesos de los que perecieron precediéndole, y por los pozos que algún sér benéfico abrió para saciar la sed de los viajeros futuros, si le sorprende el soplo mortal del simoun, se arroja en el suelo y aguarda; y luego que ha pasado aquella maldición, se levanta y continúa su peregrinación, en medio de fatigas y privaciones, sin un brazo en que apoyarse si vacila, sin una compasiva mirada si cae; va solo, y no obstante cantando, acompañado de su valor y de su esperanza.